

Perfiles históricos de la violencia en Cali¹

*Adolfo León Atehortúa Cruz*²

Preámbulo

El rostro de la violencia no se presentó siempre con su fruncido ceño, sus dientes de vampiro y su versátil látigo. Cali fue bucólica y relativamente tranquila. Con los sobresaltos idílicos de la independencia y la cosecha de guerras fratricidas en el siglo diecinueve; con los conflictos de clase en las haciendas, los esclavos oprimidos y la desigual distribución de la riqueza en torno a los ingenios en el siglo veinte; con sus tierras irrigadas y fértiles para unos pocos y las ariscas de ladera, sembradas de carbón en sus entrañas o selváticas como los Farallones para los otros muchos. Pero, al fin y al cabo, Cali fue también sensible para sugestionar al romántico constructor de la Torre Mudéjar,

enamorada para inspirar a Isaacs, rumbera para atraer a los obreros e ingenieros cubanos del azúcar que dieron alegre

1 Por solicitud de la Revista Ciudad Paz-ando, del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano IPAZUD de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, se ha elaborado el siguiente texto que, en breves renglones, intenta retratar una semblanza de la ciudad de Cali y las violencias que la aquejaban en la década de los ochentas. A través de un esquema histórico, que detiene la mirada en los antecedentes, es decir, en la Violencia de los años cincuenta, se muestran las aristas del progreso y se examinan los actores de la violencia en su constitución y devenir, para resaltar como epílogo la enorme deuda que la violencia impulsada “desde arriba” y por los narcos, tiene con la situación presentada en Cali.

2 Profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional.



cuna a la salsa, y poética para engendrar al costumbrista Alférez de Eustaquio Palacios o, más tarde, a la suicida pero inmortal letra de Andrés Caicedo.

No se trata de alabar, una vez más, aquella manida frase según la cual “todo tiempo pasado fue mejor”. Pero tiempos hubo en que la muerte fue un extraño visitante: cuando apareció por primera vez un cadáver en una calle cualquiera de la ciudad de Cali, la curiosa romería que fue a verlo hizo célebre “la calle del muerto”. Una calle histórica, conocida y renombrada, como el “Parque del perro” o el “Cerro de las tres cruces”, hasta que su rutinaria repetición extravió en la geografía a las nuevas generaciones confundidas y atiborradas por las asiduas visitas de la muerte y sus testimonios arrojados por doquier como si se tratara de multiplicar las morgues.

La Violencia

Dicen los viejos que todo comenzó con la Violencia. Aquella con mayúscula porque se convirtió en nombre propio y partió la vida del país en dos. Para los caleños se inició el 9 de abril de 1948 tras el asesinato de Gaitán. En ese momento, la organización del gobierno revolucionario, si así puede llamársele, no pudo colocarse al frente de las movilizaciones populares. La gente obró desorientada y a veces por su propio instinto, movida por la furia. Algunos actos expresaron anarquía y en otros se buscó el enfrentamiento armado con los conservadores o con el Ejército que, solícito, salió a patrullar las calles y a

defender la propiedad privada. Los revoltosos tan solo tuvieron aliento para arremeter contra estancos y ferreterías; para destruir las instalaciones del “Diario del Pacífico” y “La Voz del Valle”, baluartes de la expresión conservadora, o para tomar por horas el control de la Estación Central del Ferrocarril y las oficinas de la Gobernación Departamental en pleno centro.

Sin embargo, la acción del comandante de la Tercera Brigada, Gustavo Rojas Pinilla, liquidó finalmente al movimiento. Al mando de 90 soldados antiguos y 450 conscriptos recientemente acuartelados, movilizó a su tropa y advirtió a los novatos que como no sabían apuntar, “dirigieran el tiro al estómago” y que “cuando vieran una manifestación asaltando una ferretería u otro negocio se acercaran por lo menos a cincuenta metros para no perder la munición”³. Un millar de detenidos en su jurisdicción fue enviado de inmediato a la lejana ciudad de Pasto sin la existencia de procesos judiciales y sin acusaciones concretas. De esta manera alivió el entonces Coronel Rojas la presión sobre su escasa tropa y aisló a los prisioneros de su comunidad y de sus familias. Sin noticia de ellos, el temor se sembró en los gaitanistas bajo la amenaza adicional de masivas detenciones arbitrarias. Un escritor, Arturo Alape, narró con lujo de detalles esa “noche de los pájaros”⁴.

3 Silvia Galvis y Alberto Donadio. El jefe supremo. Bogotá: Planeta, 1988. p. 115.

4 Arturo Alape. Noche de pájaros. Ibagué: Caza de libros, Pijao Editores, 2008.



No fue suficiente. El día en que Rojas celebraba su ascenso a General en el casino de oficiales del Batallón Pichincha, desconocidos atacaron la Casa Liberal en Cali y perpetraron una masacre inaudita contra quienes allí se encontraban el 22 de octubre de 1949.

Fue el cierre sangriento de toda una campaña iniciada al norte del Valle bajo la inspiración tácita de Nicolás Borrero Olano, el nuevo gobernador laureanista del Valle, y que contó con la iniciativa intelectual del directorio departamental conservador encabezado por Hernando Navia Varón y de personajes como Gustavo Salazar García. La campaña tuvo la participación decidida de José Ignacio Giraldo –jefe conservador del municipio de Versailles–, de León María Lozano, “El Cóndor”, –convertido en héroe de los azules el 9 de abril en Tuluá–, de José Ríos –caudillo de Trujillo–, y la autoría directa de bandidos como “Lamparilla”, Manuel Gordillo, Jaime Naranjo “El vampiro” y “Pájaro Verde”, quienes prometieron “conservatizar toda la cordillera occidental” con el apoyo de jefes locales del conservatismo en los municipios de El Dovio, El Águila, Roldanillo y Bolívar.

Huyendo de todos los pueblos del norte del Valle, decenas de familias buscaron refugio en la casa del directorio liberal de Cali, con la esperanza de que la dirección del partido remediara la tragedia. No obstante, hasta allí llegaron el 18 de octubre cincuenta agentes de policía decomisando cédulas, dinero y hasta algunas aves que los labriegos tenían consigo. Cuatro días más tarde, un grueso grupo salido de

las oficinas del detectivismo se apostó en la puerta de la sede liberal y disparó sin piedad contra la indefensa muchedumbre. El Ejército, en lugar de perseguir a los agresores, llegó a detener y a torturar a los sobrevivientes. El saldo de veintidos muertos y cincuenta heridos fue explicado públicamente por el gobernador Borrero Olano como “producto del ataque de una banda de liberales al cuartel de la policía”.

Avalados por el gobierno y el Estado, los “pájaros” tomaron la decisión de “volar” a la otra cordillera y manchar de rojo al río Cauca. Entre el 10 y el 20 de octubre de 1949 las masacres se extendieron a Toro, El Cairo, La Unión, Ulloa y El Águila. De allí se regresó a San Rafael, se pasó a Ceilán, el 27 de octubre, y se remató el 29 con una masacre en Huasanó, corregimiento de Trujillo. En todos los pueblos decomisaron cédulas, hicieron firmar protestas contra el liberalismo y obligaron a los liberales a colocarse en el pecho pequeñas estampas de la virgen con cintas azules. Al terminar el mes, las cartas de los “recalzados” o “volteados”, (como llamaban a los liberales convertidos en conservadores) sobrepasaban dos millares de firmas. El “Diario del Pacífico” publicó varias de ellas, incluso de localidades que no fueron asaltadas pero sí aterrorizadas por los “pájaros”: Bugalagrande (300 firmas), Yotoco (140), Ansermanuevo (155), Versailles (350). Allí se publicó también el llamado del gobernador para crear un cuerpo de policía presidido por él y una junta integrada por ganaderos y agricultores del departamento “el cual tendría todo el respaldo de la autoridad y



podría actuar en nombre de ella”⁵. Fue el sello oficial para institucionalizar las bandas de “pájaros”, a la manera reciente de las “Convivir” con respecto a los grupos paramilitares.

Al iniciar la década de los cincuenta, la Violencia se hallaba generalizada bajo el imperio de la dialéctica amigo-enemigo. Al entrecejo hispido de Borrero Olano y de “El Cóndor”, se agregaron los colmillos de “El vampiro”, así llamado porque bebía la sangre de aquellos a quienes asesinaba, mientras “Tabaco”, un oscuro lugarteniente de “Lamparilla”, se sentaba a fumar sobre los cadáveres que acumulaba. “Chulavitas” y “pájaros” se convirtieron en agentes de la muerte sin freno ni control. Pero, de manera similar, jóvenes campesinos se mudaron en crueles y asesinos bandoleros motivados por la autodefensa y la venganza: “Aguililla”, “Tijeras”, “Arbolito” y “Zarpazo”, entre otros, merodearon por el Valle.

Finalmente, la violencia no tardó en mostrarse como efectivo canal de movilidad social para astutos y oportunistas ejecutores. Leonardo Espinosa, enriquecido en Trujillo y convertido en gamonal omnipresente y todopoderoso, gracias a la Violencia, fue el mejor ejemplo y resultado. Algunos “señores” de la capital del Valle usufructuaron aún más la coyuntura, pero supieron camuflarse en el Congreso de la República, en el asfalto de la calle quinta, o en las grandes casas de tradicionales barrios como San Fernando.

Las caras del progreso

Durante la Violencia, el pillaje, el despojo, la violación de mujeres, las horribles masacres, el incendio de propiedades, fueron el pan de cada día. No pocos desplazados se convirtieron en nómadas desempleados; no pocas mujeres desamparadas tejieron las hiladas de la prostitución o del empleo doméstico mal remunerado. Miles de campesinos abandonaron sus tierras en el Valle, en el departamento del Cauca y en el sur del país, y viajaron a Cali en busca de futuro. Llegaron igualmente del Tolima, del Huila, de los Santanderes e incluso de Antioquia, pasando por el norte del Valle hasta asentarse en los nacientes barrios de ladera. Negros perseguidos por la violencia, descendientes de esclavos y cimarrones, siempre pobres, abandonaron sus pueblos raizales en el norte del Cauca para buscar el sustento de sus familias en Cali. Les siguieron muchos otros del Pacífico, que se hicieron corteros de caña, jornaleros y braceros, y pintaron de color y para siempre el semblante de la capital azucarera. Otros más, mestizos y de todas las razas, golpeados por la violencia e instruidos por ella, engrosaron las filas de los “malandros” en la baja delincuencia ciudadana, como producto de la descomposición de las comunidades rurales estimulada por la expansión económica, el impulso de la caña, el florecimiento del comercio y la industria en desarrollo.

Cali empezó a tejerse como ciudad moderna. Se extendió la calle quinta, se construyeron los primeros pasos elevados para

5 “Diario del Pacífico”, octubre 29 de 1949.





vehículos, se remodeló el Puente Ortiz y el Paseo Bolívar, se levantaron paraderos para buses y se instalaron semáforos en algunos cruces, se ampliaron la carrera décima y la quince, la calle trece y la calle quince; la Avenida Colombia y la Avenida del Río; se proyectó la autopista sur y se abrió la zona rosa en la avenida sexta. Los Juegos Panamericanos de 1971, con flamantes escenarios deportivos y una ciudadela olímpica que albergaría después a la Universidad del Valle, descubrieron como sede a una ciudad nueva que incluso escondió a sus mendigos para que no los vieran. Sin embargo, Cali no pudo ocultar las luces de pesebre que asomaron en Siloé y Terrón Colorado, ni los cambuches humildes que empezaron a poblar la margen izquierda del río Cauca en el profundo suroriente de la urbe. En un abrir y cerrar de ojos, la ciudad multiplicó entre sus ha-

bitantes a los menesterosos herederos de la Violencia y a los nuevos pobres que el pujante capitalismo expulsaba hacia los cinturones de miseria.

Por fuera y en contra del Estado, agitando consignas contra el naciente “Frente Nacional”, la política se metió en muchos sectores marginales de Cali. La actividad contestataria de Alfonso Barberena, de Julio Rincón y de Bolney Naranjo en el desarrollo de invasiones urbanas y en la construcción de humildes barrios que fueron configurando el populoso sector de Aguablanca, está por estudiar todavía. Lo cierto es que en estos sectores la influencia de la oposición al régimen, así como la abstención por desconfianza frente a los políticos, desde los años sesenta, se hizo insoslayable. Una y otra fueron medidas por las primeras encuestas y estudios electorales que se realizaron desde la Universidad del Valle: la insatisfacción frente a los partidos, los políticos y las condiciones económicas, se subrayaron en un análisis de 1968⁶. Así mismo, en una encuesta postelectoral realizada en 1970, no hubo en las franjas altas quien afirmara haber votado por Rojas Pinilla, mientras en las franjas bajas de la población el 63 por ciento lo reconocía con orgullo⁷. Desde entonces, en Aguablanca se fortaleció una tendencia que no quiso nunca con-

6 P. Morcillo et. al. “Estudio de la abstención electoral en las elecciones de marzo de 1968 en Cali”, en Boletín Mensual de Estadística, Cali, diciembre de 1969, No. 221.

7 J. McCamant y J. de Campos. “Colombia Política 1971”, en Colombia Política, Bogotá, Dane, 1972.



ciliar con los Lloreda, los Caicedo o, en general, con la aristocracia caleña.

El terreno fue aprovechado por el Movimiento Cívico de José Pardo Llada en 1978 y por Henry Holguín diez años más tarde. Con alta dosis de populismo radial, uno y otro se acercaron a los estratos populares para reivindicar el descontento. Catalogado como un “voto protesta contra los partidos tradicionales en Cali”, el 47 por ciento de quienes sufragaron por Rojas en 1970, brindaron su voto al Movimiento Cívico en 1978⁸. La tradición siguió con el apoyo a Carlos Holmes Trujillo, “solo contra todos” y continuó expresándose hasta tiempos próximos con el apoyo a candidatos alternativos o radiales como John Maro Rodríguez, Apolinar Salcedo, o incluso Iván Ospina. El delfín Rodrigo Lloreda fue derrotado una y otra vez en sus aspiraciones para la alcaldía de Cali, gracias a los votos de Aguablanca.

La movilidad social por otras vías

En los años sesenta, Estados Unidos fue sacudido por la notoria profundización de un viejo fenómeno. Introducida por inmigrantes mexicanos hasta Nueva Orleans y surtida desde principios del siglo veinte por un reducido grupo de antillanos y negros amantes del blues y del jazz, la marihuana empezó a inundar los mercados de las grandes ciudades como consecuencia de la Guerra de Vietnam y de los movimientos juveniles pacifistas.

Aunque la gran exportación hacia el país del norte corrió inicialmente por

cuenta de los productores mexicanos, muy pronto el cannabis colombiano “Punto Rojo” y la “Santa Marta Gold” se ganaron el aprecio de los consumidores. Con ellas llegó también a las calles de Miami y Nueva York una variedad cultivada en Corinto (Cauca) y negociada en Cali por los pioneros del narcotráfico en el Valle.

Para algunos autores, voluntarios de los “Cuerpos de Paz”, enviados por la “Alianza para el Progreso” al inicio de los sesenta, se convirtieron en los mejores propagandistas y socios para el impulso del producto y la configuración del vasto tejido traficante⁹. Otros autores nos ofrecen interesantes testimonios acerca de esta primera etapa del tráfico de drogas entre Colombia y Estados Unidos. Un contrito traficante cubano, Luis García “Kojak”, narró su participación en el negocio y mostró por dentro las incipientes organizaciones colombianas¹⁰. Sin embargo, el tráfico ilegal de marihuana no tuvo extensión en el tiempo. Según algunas fuentes, el consumo de marihuana en Estados Unidos comenzó a descender a partir de 1977, sustituido por la cocaína. Al mismo tiempo, el consumidor empezó a preferir las variedades “sin semilla”, producidas en Jamaica o en el propio Estados Unidos.

8 J. Martín y J. de Campos. El comportamiento electoral en Cali. 1978. Cali: CIDSE-Fundación Friedrich Naumann, 1980.

9 Mario Arango y Jorge Child. Narcotráfico, imperio de la cocaína. Medellín, Vieco, 1984. pp. 208 y ss.

10 Luis García. Marimba. Barcelona, Ediciones B, 1989.



La incursión de la cocaína en el mercado fue bastante rauda. Sus efectos parecían más acordes con la agitación de la época y los ejecutivos “yuppies” reforzaron la demanda. Para entonces, colombianos inmigrantes formaban parte de primitivas redes de distribución con cubanos y latinos que buscaban extender su influencia a todo el territorio norteamericano. Sin embargo, no la fabricaban todavía. La adquirían en Chile, en Bolivia o en Perú.

Jaime Caicedo, “El Grillo”, figura entre los primeros narcotraficantes colombianos que empezó a fabricar y exportar cocaína. Formado en el Barrio Obrero de Cali y ladrón de bicicletas en su juventud, se involucró en el tráfico de esa droga en forma artesanal y con pequeños envíos en vuelos comerciales bajo la mirada aún inocente de las aduanas locales y gringas. La prosperidad del negocio lo condujo a nexos con productores de Perú y Bolivia y a mejorar el camuflaje de sus remesas, cada vez mayores, con la participación de distribuidores norteamericanos. Su historia inspiró la película “El Rey”, bajo la dirección de Antonio Dorado. Su muerte violenta simbolizó también el inicio de las confrontaciones entre narcotraficantes.

A Caicedo le siguieron los hermanos Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela, quienes conformaron lo que después sería conocido como el “Cartel de Cali”. De Gilberto se dijo siempre que inició sus actividades ilícitas con una banda que, dirigida por José Santacruz Londoño y apodada “Los chemas”, realizó el secuestro de dos ciudadanos suizos: Hermann Buff,

secretario de la embajada y José Stresale, hijo del cónsul de Suiza en Cali. No obstante, Fernando Rodríguez Mondragón advierte que antes de ello su padre Gilberto fue contrabandista de tela y whisky, se vinculó a la piratería terrestre e invirtió en pequeños negocios legales de droguería y fabricación casera de jarabes¹¹.

Junto a Pablo Escobar, Jorge Luis Ochoa y José Santacruz Londoño, Gilberto Rodríguez Orejuela captó en el propio Estados Unidos lo que podría ser la profesión más lucrativa del mundo y de la época. Testigos de las actividades adelantadas por Griselda Blanco, la primera dama del tráfico ilegal de marihuana y drogas en Estados Unidos a principios de los años setenta, comprendieron que la cocaína sería el producto del futuro. La diferencia del precio de venta de la droga en Estados Unidos con el precio de su compra en Colombia y Sur América, era abismal. Todo era asunto de llevarla de un país a otro, y a ello podrían dedicarse con esmero.

Lo cierto es que, hacia 1975, Gilberto Rodríguez exportaba considerables cantidades de droga escondida en gruesos tablones de madera despachados en camuflada forma legal desde el puerto de Buenaventura hasta diversas bodegas y empresas ficticias en Estados Unidos. Poco después, los primeros embarques hacia Europa se enviaron ocultos en pie-

11 Fernando Rodríguez, Antonio Sánchez. El hijo del “ajedrecista”. Bogotá, Oveja Negra – Quintero editores, 2007, pp. 73 a 76.



dras huecas de carbón mineral. Miguel Rodríguez Orejuela, supervisor de vuelos en la aerolínea Avianca, dependiente de una droguería y estudiante principiante de derecho, abandonó sus ocupaciones para seguir el ejemplo de su hermano Gilberto¹².

Las operaciones de traslado de la droga e inversión financiera de los Rodríguez Orejuela tuvieron variables diferentes. No sólo privilegiaron las empresas de fachada y los envíos embozados en mercancías legales, sino también una rápida inserción en el mundo abierto del dinero. A través de importantes cadenas de firmas como “Laboratorios Kressfor”, “Drogas La Rebaja”, “Grupo Radial Colombiano” y “Corporación Financiera de Boyacá”, los hermanos Rodríguez intentaron penetrar al mundo legal del capital como acaudalados inversionistas.

A mediados de los años setenta, Gilberto Rodríguez se convirtió en principal propietario y miembro de la Junta Directiva del “Banco de los Trabajadores”, una institución creada con donaciones iniciales de la Fundación Interamericana para la Unión de Trabajadores de Colombia, la

agremiación sindical obrera más importante del país en ese entonces. Con este aval, en 1978 inició la compra de acciones del “First Interamericas Bank” de Panamá, que culminó en 1984 con más del 75 % del banco en su poder. A través de un pacto de participación con el muy reconocido Banco Cafetero de Panamá, el “First Interamericas Bank” utilizó las cuentas que el primero poseía en las sucursales del Irving Trust de Nueva York, para confundir el lavado de dólares con los enormes movimientos de capital que las exportaciones de miles de sacos de café producían legalmente a Colombia. Dos décadas más tarde, el Departamento del Tesoro Americano publicó la lista de un centenar de empresas cuya propiedad se adjudicaba a los Rodríguez Orejuela. Entre ellas figuraba la adquisición de la franquicia de Chrysler que, con el visto bueno de la Embajada de Estados Unidos en Bogotá, hicieron en 1978 para más de 40 almacenes de repuestos en todo el país.

En política, los métodos de los Rodríguez fueron diferentes a los de otros capos; más discretos y eficaces. Sin participar directamente en la actividad proselitista, prefirieron comprar el apoyo parlamentario y gubernamental con la financiación de las campañas electorales y el pago de todo tipo de servicios. Tal como se demostró mucho después, los Rodríguez no bromeaban totalmente cuando se jactaban del poder suficiente para “citar una convención liberal” o “reunir quorum del Congreso”. El “Cartel de Cali” optó, además, por establecer alianzas con las elites regionales a través de sus inversio-

12 Importantes datos acerca de los hermanos Rodríguez Orejuela y sus socios del llamado ‘*Cartel de Cali*’ pueden encontrarse en: Edgar Torres y Armando Sarmiento. *Rehenes de la Mafia*. Bogotá, Intermedio editores, 1998. Fabio Castillo. *Los nuevos jinetes de la Cocaína*. Bogotá, Oveja Negra, 1996. Camilo Chaparro. *Historia del cartel de Cali: el ajedrecista mueve sus fichas*. Bogotá, Intermedio, 2005. José Gregorio Pérez. *La caída de los Rodríguez: persecución, captura y extradición*. Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2005, y *Operación Cali pachanguero: de la captura a la extradición de los Rodríguez Orejuela*. Bogotá, Intermedio, 2005.



nes en la economía legal y la figuración en los principales eventos sociales de la ciudad. Los Rodríguez Orejuela tuvieron cierto hálito ejecutivo. Se les consideró hombres de negocios y se movieron con mayor libertad por los ámbitos ciudadanos. Hinchas del deportivo Cali pero socios del Club América, sacaron campeón nacional al equipo por primera vez en 1979 y disputaron sin éxito varias Copas Libertadores de América.

La primera gran guerra en su carrera delictiva la libraron contra Pablo Escobar, apoyado por Gonzalo Rodríguez Gacha, a partir de 1988. Las crónicas revelan como origen de la disputa el secuestro de un narcotraficante del Valle aliado de Pacho Herrera, un experto lavador de dólares vinculado a José Santacruz Londoño, en quien los Rodríguez depositaron toda su confianza. A pesar de pagarse la cantidad exigida por la 'oficina' de Escobar, en dólares y droga, el hombre fue asesinado por supuestos 'líos de faldas'. Escobar solicitó inmediatamente a los Rodríguez la entrega de Herrera, que fue totalmente negada y abrió paso a una cruenta guerra de masacres y dinamita entre los *carteles*.

En efecto, a principios de 1988, el edificio Mónaco, residencia de Pablo Escobar en Medellín, fue destruido parcialmente por una potente carga de dinamita. La explosión mostró la riqueza y excentricidad de los narcos e hizo pública su guerra. Un comando de Escobar ingresó a la hacienda de Pacho Herrera, en su búsqueda, y asesinó a 19 personas. Por doquier empezaron a estallar petardos contra las sucursales de "Drogas la Rebaja" y las

emisoras del "Grupo Radial Colombiano". Sólo un acuerdo quedó claro: en la guerra no se tocarían las familias¹³.

La inclusión por las armas

A diferencia de Escobar, los capos de Cali no intentaron reclutar para su organización a los jóvenes de estrato bajo, ni jugaron al paternalismo con las comunas pobres. Como alternativa, sin embargo, unos y otras buscaron otra forma de inserción a través de la política insurgente.

De repente, en 1985, los rostros juveniles del desarraigo se asomaron a las ventanas de la ciudad con la palabra "compa". Jóvenes sin camisa ni zapatos, niños con lombrices que sólo recibieron leche cuando el M-19 les llevó un furgón secuestrado hasta sus casas, hombres y mujeres sin esperanza ni futuro, se encontraron con que aquellos que les visitaban antes con capucha llegaban ahora con el rostro al aire para hablarles de la necesidad de un nuevo pacto social y de un nuevo país. Tal como sucedió en Yumbo pocos años antes, florecieron en Cali los simpatizantes del cambio por la vía armada. Pero, aunque su realidad fue precaria y su fortaleza circunscrita a muy contados sectores, "pellizcaron" a una élite social que no esperó jamás, desde la óptica de sus clubes privados, presenciar tal espectáculo: en Siloé, por ejemplo, los vieron

13 Cf. Adolfo Atehortúa y Diana Rojas. "El narcotráfico en Colombia. Pioneros y capos", en *Historia y Espacio*. Cali, Universidad del Valle, No. 29, segundo semestre de 2008.



formar con armas y palos evocando al Libertador en Ayacucho; en Aguablanca los vieron, amenazantes, intentando sustituir la autoridad como en Corinto y expresando su felicidad con patrullajes que erradicaron los robos menores y el comercio del bazuco. El 1 de mayo de 1985, un millar de jóvenes, muchos de ellos sin camisa ni zapatos, se unió a la marcha de los trabajadores y realizó en ella una parada militar con bastones de madera.

En lugar de pensar en la dotación de los servicios públicos, en las escuelas, en la pavimentación de calles, en alternativas a la problemática social, el Estado llegó a través de oscuros actos y masacres: cayó el cura Daniel Guillard que alentaba a los pobres en la construcción de barrios, y decenas de estudiantes de la Universidad del Valle, como Gerardo Valdés e Iván Darío López, que los organizaban y los vinculaban al M-19.

Sin embargo, nada parecía suficiente para barnizar el rostro de esa Cali desafiante. Enfrentados a una situación que consideraban en extremo peligrosa, miembros prestantes de los cuerpos armados del Estado, motivados por el silencio o el consentimiento explícito de ciertos sectores de la élite y el apoyo financiero de los narcos, decidieron ensayar el exterminio. No sólo era la presencia del M-19 en los barrios marginales; la masacre del Dinners, ejecutada por jóvenes que aspiraban al ascenso social por la vía del atraco, fue utilizada como una prueba más de la urgencia de “limpiezas”. Al fin y al cabo, los miembros de los aparatos de seguridad aprendieron el camino con la retoma

sangrienta del Palacio de Justicia, seguida por la retoma igualmente sangrienta de Siloé: un espectáculo desolador, profundamente lesionador de los derechos humanos, que no se desplegó contra los guerrilleros en retirada sino contra la población indefensa y confundida.

La violencia “desde arriba”

Hasta el año de 1984, las causas de mortalidad más importantes en el departamento del Valle y en su capital Cali, fueron las “enfermedades cerebro-vasculares” o aquellas relacionadas con enfermedades del corazón y trastornos hipertensivos. A partir de 1985, gracias a la política de exterminio y a la iniciación de las “limpiezas” contra izquierdistas, simpatizantes del M-19, pobres y discriminados, los “ataques con armas de fuego”, así como las “lesiones ocasionadas por otras personas”, pasaron a ocupar el primer puesto entre las causas de muerte en la ciudad y la región¹⁴.

La herencia del M-19, abandonada por la organización, alcanzó a enseñar esquemas de violencia y dejó también las primeras armas en los barrios. No obstante, ante la historia, su influencia no fue tan definitiva en la generación de violencia como la respuesta ofrecida por ciertos sectores civiles y uniformados, nacionales y regionales, frente a su desafío. El sonoro aplauso por parte de las elites regionales frente a

14 Cf. Anuarios Estadísticos del Valle, 1980-1985. Consejo Departamental de Estadística, Gobernación del Valle.





las acciones violentas que arrebataban territorios barriales a la influencia guerrillera y los devolvían a la policía, por ejemplo, no permitió escuchar el coro de los ultrajados inocentes, despojados y miserables de estirpe, que de la humillación pasó al odio y del odio al desquiciamiento de la violencia o a cualquier tipo de venganza.

Al tiempo que en los muros de la ciudad se pedía una “Cali limpia, Cali linda”, escuadrones de la muerte asesinaron en los barrios a decenas de jóvenes, a quienes el desamparo de la sociedad sólo les había ofrecido la posibilidad de unirse a la guerrilla o de pasar al bazuco y al raponazo para sobrellevar y distraer en las esquinas del barrio el hacinamiento a que estaban obligados en las pocilgas de sus familias.

Un aprendizaje fue importante para los escuadrones de la muerte: la experiencia adquirida con la primera incursión directa y pública de los carteles de la mafia en materia de violencia. Ella se suscitó a raíz del secuestro de Marta Nieves Ochoa Vásquez, hermana de Jorge Luis, por parte de la organización guerrillera M-19, en

1981. Los capos de la mafia coincidían en la defensa de sus intereses: si se pagaba un solo secuestro, los guerrilleros se apoderarían de todos sus ingresos a través de este medio. La decisión se dio a conocer con un nombre orgánico: el grupo “*Muerte A Secuestradores*” (MAS), cuyo boletín de fundación citó el encuentro de “223 jefes de la mafia para hacer frente al secuestro”: cada uno de ellos aportaba dos millones de pesos y diez de sus mejores hombres para ejecutar a los secuestradores¹⁵. La partida de bautizo se ofreció en un clásico de los equipos América-Nacional, jugado en la ciudad de Cali: avionetas arrojaron desde el cielo el panfleto que anunció la creación del MAS.

En sólo quince días, las acciones del MAS fueron contundentes: capturó más de 25 personas acusadas de pertenecer al M-19, y esclareció el hecho. Finalmente, logró la libertad de la secuestrada sin cancelar un centavo, y entregó algunos guerrilleros detenidos a las fuerzas de seguridad del Estado. A largo plazo, los resultados del MAS fueron de otro orden. Enfrentados a un enemigo común, narcotraficantes y miembros de las Fuerzas Armadas trazaron líneas de acercamiento insolubles. Con el MAS, por supuesto, importantes sectores de la Fuerza Pública descubrieron que era posible realizar un *trabajo sucio* mucho más efectivo contra el movimiento guerrillero, sin comprometer la imagen de sus instituciones. En una situación similar, pero posterior, José San-

15 Cf. Darío Villamizar. *Aquel 19*. Bogotá, Planeta, 1995.



tacruz Londoño respondió al secuestro de su hermana, por parte de las FARC, con el secuestro de miembros de la Unión Patriótica y familiares o allegados de comandantes insurgentes.

De esta manera, la acción insensible de los escuadrones de la muerte construyó un conflicto de mayores dimensiones cuyos frutos se recogieron poco tiempo después. Las autoridades regionales no se percataron: delante de ellas, o con ellas, los narcos tuvieron un motivo más para trazar alianzas con sectores militares. En el terreno urbano se expresó así el anticipo de la funesta alianza que dejaría centenares de víctimas en Trujillo, el Nilo y Riofrío, antes de los noventa. Surgió con “inocentes” sobresueldos y reconocimientos financieros a sus acciones de vigilancia y limpieza; creció como premio al cuidado y patrullaje de sus barrios y mansiones; se instauró como recompensa por el apoyo a su negocio, por los servicios prestados y la vinculación directa o indirecta a sus propias estructuras. Los narcos se fueron apoderando de la ciudad con el apoyo o el silencio de las fuerzas armadas que habían comprado bajo el pretexto de ayudarles a perseguir la subversión y el delito. Situaciones similares se presentaban en otras partes del país. Ocurrió la Masacre de Mejor Esquina en Córdoba y a ella siguieron las de El Tomate –ambas en 1988– y toda una serie de horribles acciones en Urabá. Los grupos paramilitares empezaron a coordinarse y la Masacre de Trujillo (1989-1990) no fue ajena a ese propósito.

Los nuevos narcos

Sin disputar inicialmente el reinado de los Rodríguez, de José Santacruz y Helmer Herrera, surgió al norte del Valle una gama de narcotraficantes menores que ganó cada vez más importancia y presencia a lo largo de los años ochenta. Entraron al negocio en pleno *boom* del consumo en Estados Unidos, y lo hicieron con rutas y mercados propios. Cuando estalló la guerra entre los *Carteles* de Cali y Medellín, los del norte del Valle se declararon neutrales. Entonces, ni Escobar ni los Rodríguez quisieron entrar en una disputa adicional. Luego, poco a poco, los hombres del norte del Valle se apoderaron de segmentos del mercado abandonados por la crisis de Escobar, y compartieron con los Rodríguez una ruta por el Océano Pacífico que se convirtió en la más importante puerta de ingreso de la droga hacia Estados Unidos al inicio de los noventa. En forma paralela, los narcos del norte del Valle construyeron un importante aparato de violencia que estableció tempranos vínculos con los grupos paramilitares de los hermanos Fidel y Carlos Castaño, cada vez más fuertes.

La primera reseña que se hizo de esta organización fue la de Iván Urdinola Grajales. Según se dice, su relación con el negocio la inició al final de los años ochenta como distribuidor en la ciudad de New York, donde vivía. Su cumplimiento le permitió establecer contactos con Pablo Escobar y Helmer Herrera, razón primaria para su posterior neutralidad, pues sirvió a ambos en Newark, Houston, Detroit y



Chicago. Detectado en Estados Unidos regresó a Colombia, a su tierra, y creó su propia empresa exportadora hasta ganar, en medio de la guerra entre “carteles”, una fortaleza cada vez mayor.

Hasta 1990, ni la DEA, ni las autoridades colombianas, mencionaron con asiduidad otro capo del norte del Valle. Sin embargo, la investigación adelantada por una masacre continuada y atroz ocurrida en el municipio de Trujillo, arrojó dos nuevos nombres: Henry Loayza, más conocido como “El Alacrán”, y Diego León Montoya. Con el propósito definitivo de apoderarse de la región, grupos paramilitares al mando de los traficantes y apoyados por un destacamento del ejército, secuestraron, torturaron y asesinaron con sierra a más de cien personas simpatizantes de la guerrilla, o simplemente organizadas en cooperativas impulsadas por el párroco del pueblo, quien corrió la misma suerte. Un testigo de los hechos, informante del ejército, se presentó arrepentido a las autoridades e implicó a narcos y militares. La justicia penal militar, la justicia ordinaria y la procuraduría, los absolvieron. El testigo fue declarado “loco” y días después asesinado. El expediente judicial, sin embargo, está pendiente y existe aún la perspectiva de reiniciar su curso¹⁶.

Poco después empezó a escucharse un nuevo nombre: Víctor Patiño Fόμεque.

Las autoridades norteamericanas levantaron cargos en su contra como responsable del envío masivo de cocaína hacia Estados Unidos. Ex-policía, Patiño tuvo a su cargo una importante ruta marítima que utilizaba con barcos pesqueros desde Buenaventura y que colocó a disposición de los Rodríguez y de Urdinola. La DEA lo apodó el “atún blanco”.

A partir de 1993, los nombres de su-puestos integrantes del llamado Cartel del Norte del Valle, empezaron a escucharse con mayor regularidad. No obstante, las versiones fueron contradictorias. A Urdinola, por ejemplo, se le señaló siempre como jefe. Pero en 1996, cuando en un centro comercial de Bogotá murió asesinado Efraín Hernández, se dijo que era éste el verdadero capo del norte del Valle. Sin embargo, estaba libre y dedicado a actividades legales. Poco antes, la DEA había señalado al mismo Urdinola como subordinado de su cuñado Arcángel Henao Montoya, y luego colocó como máximo jefe de la organización a Orlando Henao Montoya, a quien acusó de establecer vínculos con el mexicano Amado Carrillo, encargado de pasar la droga desde su país a Estados Unidos. Asesinado Orlando Henao como consecuencia del conflicto desatado entre los hermanos Rodríguez Orejuela y grupos del norte del Valle, la jefatura osciló entre Wilber Varela y Diego León Montoya.

En forma consecutiva, la DEA añadió otros nombres al llamado Cartel del Norte del Valle. Entre más de dos docenas de sindicatos, aparecieron Juan Carlos Ramírez, “Chupeta”, Juan Carlos Ortiz, “Cu-

16 Cf. Adolfo Atehortúa. El poder y la sangre. Las historias de Trujillo – Valle. Bogotá: Cinep, Universidad Javeriana Cali, 1995.



chilla”, Hernando Gómez, “Rasguño”, Jesús Amado Sarria, conocido en Colombia como esposo de “la monita retrechera”, y otros menos conocidos que incluso aparecieron negociando directamente con la oficina antidrogas de Estados Unidos. La claridad comenzó a ganarse con el tiempo y de ello dan cuenta producciones recientes como “El cartel de los sapos”¹⁷, escrito desde las entrañas de la mafia.



La degradación

El poder de los “señores”, sumado al comportamiento cómplice, condescendiente y/o impotente de las autoridades con ellos y su “negocio”, dio lugar a otra consecuencia: “traquetos” y “lavaperros”, esbirros armados de los narcos, se sintieron autorizados para vilipendiar y matar. Fue el latigazo versátil de la violencia, indiscriminado pero igualmente atroz y sanguinario.

La “subcultura del traqueto”, así como el papel jugado por ella en el incremento de la violencia en Cali, merecería un estudio aparte. Con un estilo de vida entre arrogante, derrochador y sórdido, los “traquetos” se hicieron notorios en barrios de estrato medio y popular. El contacto con la mafia les permitió un ascenso económico paulatino pero no les permitió un ascenso social. Frustrados por el reconocimiento que no alcanzaban en las altas esferas, dieron rienda suelta a sus delirios de grandeza con los instrumentos que su cultura y el “éxito caído del cielo” colocó en sus manos.

Los “traquetos” invadieron la ciudad con toda libertad y desparpajo. Es más, se convirtieron en prototipo social envidiable para muchos sectores que anhelaban el dinero fácil y la vida plástica. Sin embargo, lo más crítico y difundido de los “traquetos” fue su conducta de muerte. Miles de historias narran hoy que un sencillo accidente de tránsito, una mirada mal entendida, una relación sentimental rechazada, o el simple hecho de tener a la novia más bonita de la discoteca, por ejemplo, eran motivo suficiente para perder la vida a manos de un “traqueto”. Con ellos se popularizó, también, el surgimiento de las llamadas “prepagos”: modelos y actrices de diferentes estratos cuya presencia adornó las fiestas y bacanales de mafiosos y traquetos, al lado de orquestas y conjuntos que hicieron más célebres las ferias de la caña.

¹⁷ Andrés López. El cartel de los sapos. Bogotá: Planeta, 2008.





Epílogo

Al seguir los estudios acerca de la violencia en Cali durante los años ochenta e inicio de los noventa, se encuentra con claridad la existencia de un nuevo tipo de violencia política que, al responder a múltiples formas de dominación, decide el exterminio de todo aquel que ofrezca peligro, real o supuesto, al “nuevo orden social” “limpio y entre iguales”, que se sueña construir o se idealiza. Un “nuevo orden social” en el que no caben los jóvenes de “parches”, los comunistas, los opositores, los mendigos, los viciosos, los travestidos, los invasores, los “desechables”; todos ellos víctimas de una violencia política que pretendió ocultarse bajo el pretexto de “ajustes de cuentas entre delincuentes” y que abrió las puertas para el ingreso del narcotráfico hacia una duradera alianza con policías, militares, y personajes importantes de la política y la sociedad.

La fortaleza de los aparatos ejecutores se midió con sus hechos. Se presentaban motorizados en la esquina de un barrio y

disparaban contra decenas de jóvenes y niños. A diario aparecían cadáveres con aterradores signos de tortura y sevicia, clavados con carteles alusivos a la presunta razón de su muerte o al “emblema justiciero” con etiqueta de insecticida¹⁸. Uno de los hechos más estremecedores fue el ametrallamiento, a altas horas de la madrugada, de una docena de desvalidos mientras dormían cerca de la estación del tren, y de una decena de travestis que ofrecían sus servicios en las calles del norte de Cali.

Así, en un ambiente desinstitucionalizado, ausente de Estado, con lógicas y poderes diversos que fragmentaban a las comunidades sin esperanza, creció en forma vertiginosa el desespero y la resistencia a través de la violencia y del delito. No se pudo menos: al propio Henry Holguín, quien levantó su candidatura muy cerca de los miserables de Cali, denunciando “chanchullos” en las Empresas Municipales y llamando a “cobrar las cuentas atrasadas a las barrigas llenas de la oligarquía”, se le intentó quitar del paso con las armas.

La violencia creció con experiencias y necesidades arrojadas por la vida cotidiana. Los jóvenes, particularmente, encontraron en el “parche” la posibilidad más clara de construir los espacios sociales y

¹⁸ Aún en los barrios se recuerda, por ejemplo, la acción de “Kankil” y “Black Flag”, nombres con los cuales se identificaron escuadrones de la muerte dedicados al asesinato con sevicia de decenas de jóvenes acusados de ser “ladrones”, “jaladores” o “viciosos”.



los referentes de identidad que la sociedad tradicional les negaba. Nacieron las “pandillas”, organizaciones incipientes de los jóvenes de barrio que, dedicadas a diversos tipos de violencia, atracos, hurtos, expendio y consumo de estupefacientes, llegaron a sumar algunos centenares. Se destacaron, entre ellas, la “Playboy”, surgida en Siloé; “Los Blandones”, a partir de una familia en Terrón Colorado; “Los Chicos malos”, del barrio Simón Bolívar; la poderosa “Pink Floyd”, del sector Alfonso López; la “Muller”, de Floralia; “La Banca”, de Puerto Mallarino; “Los duros de Simón”, en la Comuna ocho; “Los Tetras”, del barrio Lleras Camargo; “El parche de Julio”, en la Comuna trece, y “La luminosa” en Nueva Floresta y El Rodeo, barrios de Aguablanca¹⁹. Con este tipo de agrupaciones buscaron, a través de la fuerza y la agresión, el reconocimiento, la dignidad y la justicia que la ausencia de una democracia real les arrebatada, e hicieron de la violencia el instrumento que los mostró ante la ciudad con sus angustias y representaciones.

En un círculo vicioso que reflejó aún más la debilidad del Estado, las instituciones públicas respondieron al incremento de la violencia con mayor violencia; los cuerpos de seguridad colocaron al orden del día el irrespeto a los derechos humanos y enterraron con ello retazos importantes de la legitimidad de que gozaban. El deterioro socioeconómico se combinó con el deterioro común de valores y principios, con la corrupción más aberrante y el desgüeño de lo administrativo. Entonces, tal como sucedió en los sesenta

A sí, en un ambiente desinstitutionalizado, ausente de Estado, con lógicas y poderes diversos que fragmentaban a las comunidades sin esperanza, creció en forma vertiginosa el desespero y la resistencia a través de la violencia y del delito.

como fruto de la violencia de los cincuenta, la sinrazón de la violencia se apoderó de muchos espacios de la vida cotidiana en los noventa, gracias a la violencia de los ochenta²⁰.

La corrupción e impunidad generalizadas, añadidas a un panorama nacional poco halagador en materia de seguridad y derechos humanos, propiciaron igualmente múltiples conflictos y guerras. Si el “bombardeo” contra Siloé fue punto de partida, no menos grave fue la horrenda masacre de Tacueyó perpetrada por el grupo “Ricardo Franco” y en la cual se involucró a más de un centenar de jóvenes caleños. La continuación de la guerra por parte del movimiento guerrillero, la

19 Cf. Adolfo Atehortúa. La violencia juvenil en Cali. Cali, Secretaría de Gobierno Municipal, 1992.

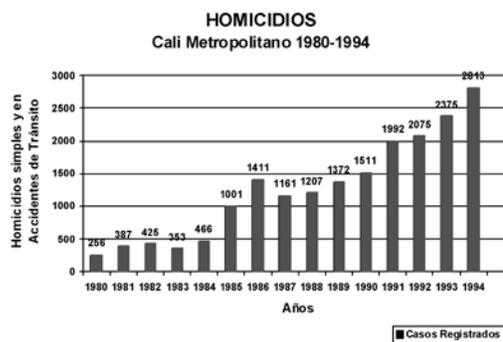
20 Sobre la violencia en Cali, durante la década de los ochentas, consúltese: Adolfo Atehortúa. “Aproximación histórica y actual al contexto general de las violencias en la ciudad de Cali”, en, Esbozo de una matriz estratégica para construir paz. Cali: Univalle, 1998. Así mismo, “Sueños de Inclusión. Bogotá: Universidad Javeriana Cali-Cinpep, 1998.



masacre del “Batallón América” del M-19 que, conformado por centenares de jóvenes caleños pretendió en vano asaltar la ciudad, la acción abierta de los grupos paramilitares y encubierta o descarada de sectores pertenecientes a los aparatos de seguridad del Estado, la sevicia de los escuadrones de la muerte, las atrocidades de las “limpiezas” y de los aparatos de sicarios, la insensibilidad de “justicieros” y “milicias”, el abuso de narcos y “traquetos”, el crimen organizado tras el imperio del más fuerte, las mil y una guerras sucias desatadas a lo largo y ancho del país, incluyendo el conflicto entre los carteles, fragmentaron una ciudad ya dividida por estigmas sociales, ausencias y debilidades del Estado. Los viejos modelos que sirvieron de cohesión en las barriadas, los referentes colectivos, los procesos tradicionales y primarios de socialización, de hecho cuestionados por la historia, se mostraron aún más deficientes, como lo fue la estructura familiar, la escuela, y hasta la misma iglesia.

En estas circunstancias, en menos de diez años, la ciudad de Cali pasó, de 23 homicidios por cada cien mil habitantes en 1983, a 104 y 124 en 1993 y 1994 respectivamente. A partir de 1987, la Tasa de Homicidios ocurridos en la capital del departamento inició un ritmo ascendente que sólo se detuvo en 1994, una vez quintuplicada. Cali dejó de ser la urbe “cívica”, “dulce”, “rumbera” y “deportiva”, para convertirse en la “ciudad caliente”²¹.

Claro está que, hasta cierto punto, la hipótesis hasta ahora presentada con base en el devenir histórico puede pare-



Fuente: DANE, Medicina Legal, SIJIN.

cer simple. Y lo sería si con ella pretendiera explicarse absolutamente todo lo sucedido. Pero no es así, la complejidad de las violencias presupone también una complejidad en sus causas. Sin embargo, es evidente la existencia de un hilo conductor, de un cauce mayor que atrae a sus orillas la gran mayoría de los actos de violencia. Cali no es el único ejemplo que puede citarse para comprobar el efecto “woomerang” de la violencia desatada desde arriba, de la llamada “limpieza social” y de los escuadrones de la muerte.

Por supuesto, el análisis prosigue con los sucesos ulteriores. El hallazgo de importantes documentos en diversos allanamientos realizados a empresas de propiedad de los Rodríguez y su contabilidad, dejó en claro la existencia de 6400 operaciones financieras realizadas en un solo banco para favorecer la campaña presi-

21 Así denominó a la ciudad la revista Semana: “Cali Caliente”, “Pistolandia” o “Traquetolandia”. *Semana*, noviembre 30 a diciembre 7 de 1993, pp. 38-45.



dencial de Ernesto Samper con una suma superior a tres mil millones de pesos; para patrocinar a considerables grupos de congresistas, oficiales y agentes de la Policía y otros cuerpos de seguridad, también al Procurador General de la Nación y al Contralor, así como para costear todo tipo de apoyos particulares. A nombre de empresas ficticias, creadas con el propósito de girar con libertad sus dineros, otras entidades bancarias registraron, según la investigación conocida como “Proceso 8000”, más de 40 mil transacciones.²²

Finalmente, los hermanos Rodríguez Orejuela y sus más cercanos aliados fueron detenidos, condenados en Colombia y luego extraditados a Estados Unidos, en donde negociaron con la justicia norteamericana para asegurar la tranquilidad de sus familias, sin evitar la entrega y detención del hijo mayor de Miguel. José Santacruz Londoño fue asesinado pocos días después de su evasión de una cárcel. Helmer Pacho Herrera fue asesinado por un sicario al interior de la penitenciaría, en guerra con los capos del norte del Valle. Después de ello, los capos sobrevivientes intentaron de diversas maneras una negociación directa con la DEA y las autoridades norteamericanas, o se enfrascaron en una terrible guerra interna que involucró

No cabe duda que los narcos de Cali y del norte del Valle alcanzaron el dominio del mercado interno e internacional y lograron una infiltración importante en sectores legales de la economía, en la política y en los aparatos coactivos del Estado.

incluso a los grupos paramilitares y que dejó como consecuencia una larga estela de delaciones, prisión y muerte.

No cabe duda que los narcos de Cali y del norte del Valle alcanzaron el dominio del mercado interno e internacional y lograron una infiltración importante en sectores legales de la economía, en la política y en los aparatos coactivos del Estado. De alguna manera, no sólo influyeron en la sociedad y en la cultura, también la transformaron.

Más allá del crimen y del aumento de sus estadísticas, la vida cotidiana en Cali, como en Medellín, presentó considerables cambios. Como se dijo arriba, a principios de los años noventa la presencia del narcotráfico era evidente a todas luces. Tras la persecución a los grandes capos, el ambiente se transformó de nuevo. La imagen de los pistoleros que se creían dueños de la ciudad disminuyó ostensiblemente. Y disminuyó también la inusitada marcha de la construcción, el precio de la tierra y de las propiedades urbanas, la cantidad de almacenes suntuosos y las joyerías, el mercado de las flores y

22 Las circunstancias del escándalo así como el llamado ‘proceso 8.000’ se encuentran ampliamente referenciados en: Francisco Leal Buitrago. *Tras las huellas de la crisis política*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, IEPRI Universidad Nacional, 1996; Santiago Medina. *La verdad sobre las mentiras*. Bogotá, Editorial Planeta, 1997; Mauricio Vargas et.al. *El Presidente que se iba a caer*. Bogotá, Planeta, 1996.



el comercio entero, las empresas deportivas y el éxito de los equipos de fútbol. Se disparó, en cambio, el asalto contra el erario público; como si algunos políticos y funcionarios, huérfanos de los narcos, no tuvieran otro recurso. El departamento del Valle y su capital Cali se declararon en quiebra. La dirección política, en su mayoría, terminó en la cárcel.

No puede decirse, por completo, que la responsabilidad de todo ello recaiga sobre el narcotráfico. La realidad de Colombia es bastante compleja y son

muchos los actores y escenarios que se cruzan en su construcción. Los estudios, además, son todavía frágiles. El problema del narcotráfico no ha sido tratado en forma clara y suficiente. El peligro que se cierne sobre todos aquellos que intenten acercarse al tema es real. Pero también, hasta ahora, se dedicó más atención a sus consecuencias, la violencia por ejemplo, que a su estructura interna y sus contenidos sociales.

La academia tiene mucho, quizá demasiado, para decir sobre el tema.

✖

